AMAR LA VIDA

Amiga y amigo:

Te brindo estas breves páginas para tu retiro personal antes de Navidad o si lo haces en grupo o en comunidad.

Espero que estas realidades den a tu vida otro tono distinto al que, posiblemente, tiene.

Con los mejores deseos, Felipe Santos, SDB

Palma de Mallorca, 20 de agosto, 2007

« La buena sorpresa de una alegría que viene de dentro»

Bajo las lonas del circo que era a la vez la Tienda del Encuentro, el Arca de Noé, el Templo edificado por el Pueblo para su Dios, hemos podido experimentar la alegría de estar juntos. La alegría vino de dentro, don de Dios y signo de su presencia…

Gracias a los que nos han apoyado en esta ocasión con su participación en el retiro antes de Navidad, sus alientos y sus oraciones hechas con nosotros para dar gracias a dios por la vitalidad de la Iglesia.

La lámpara no se ha apagado y nunca se apagará... La luz verdadera, es Cristo vivo. El es nuestra esperanza y vela en nosotros **la ALEGRÍA DE VIVIR, LA ALEGRÍA DE CREER, LA ALEGRÍA DE AMAR.**

1. LA ALEGRÍA DE VIVIR

¿Tenemos los cristianos derecho a estar tristes?

Si, por supuesto, pues la vida es a veces difícil y las pruebas generan rupturas, sufrimientos, duelos que entristecen. Pero la tristeza no es lo contrario de la alegría.

Lo inverso de la alegría cristiana, es la dureza del corazón, el corazón de piedra.
La alegría no es una negación de la realidad y puede surgir en la angustia pues es signo de la vida y del amor. Por eso el cristiano puede, como san Pablo, estar "entristecido pero siempre alegre" (2 Co 6,10).

"La incapacidad a la alegría supone produce la incapacidad de amar. Inversamente, amar lleva por tanto a la alegría. Si el arte de vivir permanece desconocido, todo el resto no funciona ya. Pero este arte no es un objeto de ciencia, este arte no puede comunicarse nada más que por el que tiene la vida: el que es Evangelio en persona" (Cardenal Ratzinger, Jubileo de los Catequistas, 2000).

Amar la vida supone "elegir lo que tiene importancia" y centrarse en lo esencial: es el camino que elegimos cuando salimos de retiro, el camino del corazón, que suaviza todo en dulzura a través del encuentro de Cristo Resucitado.

LA ALEGRÍA DE CREER.

La experiencia espiritual de la zarza ardiendo vivida por Moisés (Exodo 3) prefigura el don del Espíritu y la alegría del cristiano. Dios revela su nombre:” Yo soy el que es” para que en él lleguemos a ser lo que somos: esto es ser creyente.

La Palabra de Vida se convierte en la experiencia fundadora de un encuentro con el Dios vivo.
En la cuna como en el Gólgota, el Fuego ardiente del Amor de Dios atrae, llama y se extiende en el corazón de los pobres. Con los pastores, los magos, acerquémonos al Fuego que alegra: “Alegría para los corazones que buscan a Dios” (Salmo 105). Alegría para los corazones que acogen la Fe como el don de Dios.

Navidad, es el creador del universo reducido a la impotencia de, recién- nacido. Aceptar tal paradoja, la paradoja de Navidad, es descubrir la Navidad que nos hace libes, el Amor que transforma nuestra existencia.

“Cojamos la mano que nos tiende: es una mano que no quiere quitarnos nada sino únicamente darnos todo” (Benedicto XVI, Homilía de Navidad 2005).

Con san Lucas, que nos acompañará durante este nuevo año litúrgico, acojamos la alegría que ilumina todo su Evangelio con la Virgen María y el espíritu s Santo, y oremos para que nuestra Fe sea viva.

LA ALEGRÍA DE AMAR

“Conozco ahora la alegría más pura, la más suave que uno se pueda imaginar; la de vivir para los demás y para su felicidad. Pensando en los sufrimientos de Cristo, en su amor radiante en la cruz, es como he llegado a ser un creyente unido a él en una comunión íntima y constante” (Marthe Robin).

Amar, es la alegría de vivir para el otro, es gustar la vida, quemar el Fuego que anima sin consumirse.

“He venido a prender fuego enla Tierra y ojalá que ya estuviera ardiendo” (Lucas 12,49).

“El alma humana es una cosa capaz de prender. Sólo está hecha para eso. Este fuego lleva un nombre, se llama la alegría o el entusiasmo (del griego theos “Dios”) puesto que viene de Dios. Este fuego invita al hombre a vivir el drama de la vida en toda su intensidad y a convertir toda experiencia- viajes, encuentros, éxitos, derrotas, matrimonio- en ocasión de crecer en esta alegría. Hay que aceptar el riesgo, el de vivir a la luz de Dios, este huésped que os cura para siempre del descanso. ¿La insignia de esta

alegría? No impidas la música, bajo ningún pretexto, la música de la vida de realizarte" (Paul Claudel).

La música de la vida, la música del amor se escriben en la misma partitura de servicio que es la alegría. Y entonces la sinfonía adquiere los colores de la evangelización.

En el Espíritu Santo, la comunidad cristiana está llamada a ser zarza ardiente para todos. La alegría que viene de dentro del alma humana mira al mundo con el Amor de Dios.

Dos de los dones del Resucitado parecen preciosos para los tiempos que vivimos: la fraternidad ligada a nuestra filiación divina, y la confianza que descansa en nuestra fe en la fidelidad de la presencia de Dios y en la seguridad de la venida de su Reino.

Ellas expulsan el miedo y mantienen la esperanza, saben que hay un futuro para el hombre y que el compromiso de todos en la preparación de este futuro es también deseable.

Los obispos han expresado al Papa Benedicto XVI su voluntad de actuar con él en la reconciliación, en la verdad y en la caridad hacia la unidad de la Iglesia sin descanso alguno.

Han afirmado que la enseñanza del Concilio Vaticano II y el dinamismo apostólico que ha impulsado a toda la Iglesia son la brújula que orienta nuestra marcha.

En esta mismo impulso, empecemos este nuevo año siendo testigos y mensajeros de alegría.
Con María, en la penumbra de la cuna o al pie de la Cruz, mantengamos nuestros corazones maravillados en la contemplación de la Presencia.

La alegría más profunda, la más pura, la más verdadera es también la alegría trinitaria: con el recién- nacido en la cuna, esta alegría se nos ha prometido y dado.